

SÉPTIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

CAPITULO VIII.

QUE LA VIRGEN ES PARA LOS SUYOS UNA MADRE DE MISERICORDIA.

Entre las perfecciones de la Virgen santísima, dice san Bernardo (1), las que dicen relacion á nosotros, tienen cierto atractivo mayor que las otras y entre ellas mas que todas las que alivian nuestras miserias. En cuanto á las que no llegan hasta nosotros, nos basta admirarlas y alabarlas: en cuanto á las que dan accion á las mercedes mas exquisitas del cielo, muchos se detienen y no aspiran á ellas por la creencia de que no todos pueden pretenderlas y que solamente son para algunas almas escogidas y extraordinarias; mas en cuanto á la misericordia todos generalmente se ven rodeados de miserias. Por esto he resuelto hablar con mas extension de las misericordias de la madre de Dios y seguir discurrendo de ellas hasta el fin del tratado. Empecemos por algunos términos generales, y luego entraremos en los casos particulares.

S. I.—De la necesidad que todos tenemos de una madre de misericordia, que no es otra que la Virgen santísima.

I. No hay nada mas grato, ni mas consolatorio que un discurso del elocuentísimo doctor S. Juan Crisóstomo

(1) Serm. 4 de Assumpt.

mo sobre la incomparable severidad del espíritu del profeta Elías y la desmedida bondad del de Dios. «Este varon de fuego y de trueno, dice el santo doctor (1), considerando por un lado la dureza del pueblo judío y la larga costumbre que tenia de seguir sus caprichos y darse al culto de los idolos, y por otro la singular inclinacion de Dios á tratarle con misericordia y pareciéndole que una bondad tan grande no servia mas que para fomentar sus vicios y mantenerle en su perverso carácter, resolvió discurrir algunos arbitrios para contener la extrema indulgencia y el infinito amor de Dios. Ve aquí lo que discurió. Imaginando que nada puede obligar á Dios á sostenerse firme contra la insolencia de los pecadores mas que el juramento, y que si no es contenido por este medio, un suspiro, una lágrima de una alma arrepentida le desarmará y calmará su justo enojo, busca todos los medios posibles de obligarle, y obtenida la promesa pronuncia este famoso juramento: «Vive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no caerá rocío ni lluvia en estos años siro segun la palabra de mi boca (2).» La extrema y continuada sequía produce la esterilidad, y de esta se originan el hambre y todos los efectos consiguientes. Las miserias públicas y privadas obligan al pueblo á ofrecer sus votos al Señor, á vestir saco y ceniza y á aplacar por todos los medios la ira divina. Al instante sintió Dios haber dado al profeta aquella palabra, y su tierno amor á los suyos le sugirió el arbitrio de hacer de modo que Elías fuese tambien acosado del hambre. No obstante su suma bondad no consintió que su siervo sufriese mucho tiempo esta calamidad; mas le envió un cuervo que le socorriera todos los dias con el sustento. No fué sin idea el elegir esta

(1) Sermo in Eliam proph.

(2) III Reg., XVII.

ave carnívora y falta de la compasion natural que todas las demas tienen de sus hijuelos, sino que lo hizo expresamente para que el profeta volviese en sí y viendo la bondad con que Dios le sustentaba por el conducto de un animal cruel, se avergonzase de ser desapiadado.

II. »Aquel espíritu áspero que parecia deber de amansarse con las finezas recibidas, no se ablandó; lo cual obligó á Dios á apretarle mas y hacerle sentir con mayor fuerza los estímulos del hambre quitándole su porcion ordinaria. Este medio no surtió mejor efecto que la blandura; al contrario el inflexible profeta arrostró á sufrir el hambre y morir, con tal que fuera con los otros y viera quebrantar aquellas cervices duras. Dios que sabia bien que la severidad del profeta procedia únicamente del zelo por su honra, le envió á una mujer de Fenicia que le sustentara, pensando que el horror á un pueblo incircunciso y á una mujer idólatra le obligaria á pedir la lluvia, y en caso que no lo ejecutara, advirtió á aquella mujer le hiciese temer la miseria en que ella vivia. Dióse tan buena maña la fenicia, que echando de ver el profeta que no le quedaba mas que un bocado de pan se movió á compasion y hubo de recurrir á Dios para alcanzarle algun medio de subsistir en adelante. Con la esperanza de que la concesion de esta gracia influyese en el ánimo del profeta le otorgó Dios al punto lo que le pedia, y le prometió que el aceite y la harina de su pobre huésped no disminuirian nada hasta que no cesase el hambre. ¿Quién creerá que esta admirable condescendencia de Dios no bastó para quebrantar el corazon de Elías, sino que al contrario resolvió no ceder mientras no viese cambiadas las costumbres de aquellos, á quienes perjudicaba en su juicio la demasiada blandura? ¿Con que nada es capaz, dijo Dios, de ablandar este corazon de bronce? Yo bien sé lo que he de hacer. Le reduciré á un extremo en que tenga que pa-

sar necesariamente por mis manos y haya menester de mi misericordia. Es seguro que no la alcanzará sino con su cuenta y razon. Dicho y hecho: cae enfermo de peligro el hijo de la viuda de Sarepta y muere: la madre traspasada de dolor rompe en gritos y lamentos: aun cuando el profeta tuviera el corazon tan duro como un peñasco, no podria menos de enternecerse. Entonces abrió los ojos y tuvo que confesar que no veia medio de evadirse. Así, Dios mio (dijo para sí), me vences y me obligas á recurrir á ti, para que implorando yo tu misericordia tenga que concederla. Es fácil de conocer que en cuanto yo abra la boca para decirte: Señor, ten piedad del hijo de esta pobre viuda; me preguntarás si no quiero tenerla de tu hijo único, que es tu pueblo escogido. Así veme aquí obligado á firmar la gracia que tú quieres hacerle, si deseo alcanzar alguna de tu majestad; y para hacer que consientas en revocar la sentencia de muerte pronunciada contra ese hijo ingrato, estoy reducido á revocar tambien la mia.

III. »Dios que queria tener á su profeta por amor mas bien que por fuerza, le convenció con este motivo y le obligó á confesar que tan imposible le era dejar de ser misericordioso como dejar de ser Dios, y que habia mucha diferencia entre la palabra que habia empeñado al pecador cuantas veces volviese á él, y la obligacion que Elías creia tener á una mujer por haber recibido un pedazo de pan en la necesidad. Le estrechó por todos los medios imaginables de blandura para excitarle á que fuese á buscar á Acab y le prometiese la lluvia y le manifestó que queria que su pueblo le tuviera esta obligacion. Bastaba esto para quebrantar un corazon de diamante, y al profeta le fué imposible resistir; no obstante aunque hizo ademán de ir á buscar á Acab y llevarle la buena nueva, se leia en su semblante que era una especie de coaccion y que violentaba su corazon para mostrar

algun sentimiento de humanidad. Habiéndolo advertido Dios dijo á su profeta: «Elias, mi fiel siervo, conozco que tendremos dificultad en vivir juntos y estar acordes; porque ni tú, ni yo debemos, ni podemos esperar que los hombres inclinados á toda suerte de pecados por la corrupcion de su naturaleza se abstengan enteramente de ofenderme: que yo los esté castigando sin cesar y les cierre las puertas de mi misericordia, es de todo punto imposible; y tengo motivo para desconfiar de que tú te ablandes. Así será preciso ó que estemos siempre en contienda, ó que violento yo de continuo mi bondad, ó que en virtud de tus reiteradas quejas llene el infierno de mis criaturas, á quienes he preparado el cielo. Hagamos otra cosa mejor: te trasladaré á un lugar donde no verás ni pecado, ni pecador y donde tu conversacion ordinaria será con los espíritus bienaventurados, y yo me iré á vivir con los hombres y para ser mas accesible á ellos me haré tambien hombre. Allí mi único contento será buscar á mi oveja, cargarla sobre mis hombros, abrirla en mi seno y abrirla las entrañas de mi infinita misericordia.» Dios mio, ¡qué dulce amor de padre! ¡Cuán obligados estamos á amar con todas nuestras fuerzas á quien nos amó tan tierna y ardientemente!»

IV. Me he alargado sobre este punto con el elocuente S. Juan Crisóstomo para manifestar la suma dicha de que gozamos por tener un padre misericordioso, que solo piensa en hacernos bien y remediar nuestras miserias. Sin embargo ¿me atreveré á decir que aun no bastaba esto para tranquilizar nuestro ánimo y que habíamos menester de una madre que tomase á pechos nuestras necesidades? Me fundo en la autoridad del Sabio, el cual dice (1) que donde no hay cerca, será sa-

(1) Eccli., XXXVI.

queada la posesion, y donde no hay mujer, gime el necesitado. Con efecto el corazon maternal tiene una ternura tan particular, que basta al niño enfermo experimentar los suaves impulsos de ella para tenerse por medio curado. Con este motivo queriendo la infinita bondad de Dios hacer largueza de sus beneficios en la gracia del Evangelio no se contentó con darnos un padre amoroso y compasivo, sino que nos concedió á mas una madre de misericordia, á quien pudiésemos recurrir en todas nuestras necesidades (1).

V. Para cerciorarnos de que esta madre de misericordia no es otra que la Virgen santísima pareceme que deberia de bastar el testimonio de la iglesia, la cual la llama con inefables sentimientos de dulzura madre de misericordia, vida y esperanza nuestra, especialmente si se añade la promesa infalible de la misma Virgen, que en diversas ocasiones ha hecho alarde de este título honroso. Hablando un dia á santa Brigida le dijo estas palabras: «Yo soy la reina del cielo, la madre de misericordia, el gozo de los justos y el camino de los pecadores para llegar á Dios.» Otra vez habiendo concedido á un monje cluniacense, que habia sido ladron, pero despues se convirtió de veras á Dios, la merced de visitarle á la hora de la muerte, le preguntó si no la conocia. El enfermo respondió que no, y nuestra señora

(1) Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur. — «Por eso ha dicho en nuestros dias uno de los panegiristas mas ardientes de la Virgen que esta divina madre sentia el penar de todas las criaturas por el divino fruto de su vientre: las veia á todas suspensas: conocia los vehementes deseos de los patriarcas, los gritos y suspiros de los

profetas, las fervientes súplicas de los justos, los gemidos de todos los siglos. la expectacion de todas las naciones del mundo. Ella sabia que todas las criaturas la miraban como á un nuevo paraiso establecido en la tierra, donde estaba encerrada su salvacion; y esto le hacia viva impresion.»

repuso: Yo soy la madre de misericordia; á lo que añadió que de allí á tres dias á tal hora estarian juntos en el cielo. Habiendo sucedido así, no le quedó duda al abad S. Odon de lo que habia pasado al monje, y desde entonces llamaba ordinariamente á la Virgen la madre de misericordia. Digo que estos testimonios serian mas que suficientes para persuadirnos á que esta madre no es otra que la reina del cielo; pero los santos padres presentan tan bellos pensamientos sobre este asunto, que haria yo escrúpulo de omitirlos. S. Andrés Cretense dice que María es un abismo de misericordia (1). San Jorge de Nicomedia la compara (2) al olivo de David cargado de frutos (3) y dice que el que vió el hijo de Sirach en el campo de la iglesia, extraordinariamente verde y frondoso (4), no fué otro que María. S. Bernardino afirma (5) que ella es el verdadero arco iris, admirable en la variedad de sus colores, inimitable en su hermosura; pero sobre todo agradable, porque tiene la virtud de detener la mano de Dios, cuando este se prepara para castigar á los pecadores y anegar la tierra.

VI. El docto Guillermo de Paris sostiene (6) que María es la fuente viva de donde los hombres han sacado y sacan aun todos los dias la dulce agua de la misericordia divina. El sabio Idiota se remonta hasta el cielo y dice (7) que María es un sol brillante, el cual despide á todas partes rayos de misericordia tan ardientes, que no puede uno menos de sentirlos. S. Juan Damasceno la tiene (8) por la cariñosa y casta paloma que volvió al

- | | |
|------------------------------|-----------------------------|
| (1) Orat. de Annuntiat. | (6) Rhetor. divin., c. 18. |
| (2) Orat. de oblat. B. Virg. | (7) Contemplat. de B. Virg. |
| (3) Salmo XXI. | in prol. |
| (4) Eccli., XXIV. | (8) Orat. 2 de dormit. B. |
| (5) Tom. 3, serm. 4. | Virg. |

arca de Noé con la señal de paz y misericordia. S. Buenaventura es de parecer (1) que fué representada por la viuda de Sarepta, la cual recibió de Dios por medio del profeta Elías tanta abundancia de aceite, que nunca menguó su alcuza. La llama la vena y la fuente de misericordia (2) y los pechos de los hijos de Dios. S. Bernardo le da el título de templo de misericordia, á donde concurren de todas partes los que quieren verse exentos de sus miserias (3). Ricardo de S. Victor explicando aquel lugar de los Cantares, donde el esposo dice á la esposa que sus pechos se parecen á dos cervatillos pacienciendo entre los lirios, observa que no es extraño que los pechos de la Virgen sean dulces y rebosen misericordia, pues parió á la misma misericordia y el Salvador mamó de ella la leche material para hacer manar sobre nosotros la espiritual; y que á medida que ella sustentaba con este precioso licor á nuestro hermano primogénito, recibía pechos de misericordia para consuelo de todos aquellos á quienes habia de reconocer él por hermanos menores. Si conocieran los hijos de la Virgen la dicha que gozan de ser acariciados por la madre del rey de la gloria y estar colgados de sus pechos; si se dispusieran á saborear la dulzura escondida por Dios en esos pechos y á beber sin recelo de esas fuentes vivas de bondad; ¡oh qué de bienes, qué de riquezas y qué de gustos sacarían! Mas supuesto que por ella hemos de llegar á ella misma, es preciso que ella nos atraiga y nos inspire la confianza y el gusto de sus grandes misericordias.

-
- | | |
|-------------------------|--------------------------------|
| (1) Specul. B. Virg. | Dei laudamus. In litanis B. V. |
| (2) In hymno: Te matrem | (3) Serm. de Assumpt. |

§. II.—Hasta dónde se extienden las misericordias de la madre de Dios.

I. El santo Job dice una gran cosa de sí (1); á saber, que sacó la misericordia del vientre de su madre y que esa virtud fué creciendo con él. A ninguna criatura conviene mejor esto que á la Virgen santísima, la cual con la gracia de su primera santificación fué unguida con el oleo de misericordia mas copiosamente que todas las otras juntas, y su corazón fué empapado desde entonces en el bálsamo de una dulcedumbre celestial. Desde entonces creció continuamente en esta excelente virtud y medró en un grado que no podemos comprender; de suerte que así como iba creciendo en todas las otras no á nuestro modo ordinario, sino segun convenia á la madre de Dios, así la dulce inclinacion que tenia á compadecerse de las miserias humanas, tomaba en ella tal incremento por los reiterados actos, que ya llegaba á un punto incomprensible para los ángeles, cuando fué elegida por madre del rey del cielo. Santa Inés se apareció un día á santa Brígida y le dijo familiarmente que la Virgen habia llegado al extremo de querer mas padecer cuanto es dado á una criatura, que no el que no fuesen redimidas las pobres almas. En el dichoso instante de recibir la embajada del cielo, dice S. Buenaventura (2), se cumplió en ella el dicho del real profeta: «Un abismo llama á otro abismo:» porque el profundo abismo de las misericordias de la Virgen hizo bajar á la tierra el inagotable piélago de las misericordias de Dios. Entonces estos dos abismos confundieron sus aguas, y perdiéndose el sagrado corazón de María en el mar inmenso de las misericordias eternas, el Verbo di-

(1) Job, XXXI.

(2) Specul. B. Virg., c. 6.

vino no se desdenó de tomar los sentimientos humanos. ¿Quién podrá explicar ahora el aumento que la misericordia de la Virgen recibió por la íntima union que tuvo con la infinita bondad de Dios? ¿Quién nos dirá lo que adelantó desde entonces hasta el fin de su vida, excediéndose á sí misma á cada instante y sintiéndose cada dia mas compadecida de nuestras miserias? ¿Quién podrá comprender la medida de su compasion y caridad ahora que tiene el corazón como divinizado y enteramente absorbido en el piélago infinito de las incomprensibles dulcedumbres de la Trinidad beatísima (1)?

II. No ignoró lo que escribe S. Buenaventura: que á

(1) Adicion de la madre María J. de Biemur.—«S. Bernardo, siempre singular cuando se habla de las excelencias de la madre de Dios, dice que la misericordia tiene algo de mas dulce y sabroso para nosotros. Es verdad, santa señora (son sus palabras), que tus pobres siervos se gozan de todas tus virtudes; pero esta nos toca mas que las otras. Alabamos la virginidad y admiramos la humildad; pero la misericordia tiene muchísimo atractivo para unos desgraciados y la abrazamos con mas ternura, pensamos mas á menudo en ella y la invocamos mas frecuentemente. Ella es la que alcanzó la reparacion de todo el mundo y la que nos mereció la salvacion. Es cierto que estabas con inquietud tocante á la perdicion de toda la naturaleza humana, pues el ángel te dijo: No temas, María; has hallado gracia delante del Señor. Luego buscabas esa gracia, oh

Virgen. ¿Quién podrá sondear jamás las dimensiones de tu misericordia, su anchura, su longitud, su altura y su profundidad? Por su anchura llena toda la tierra y aun excede su latitud: su longitud te lleva á socorrer á todos los hombres que existen y existirán hasta el fin de los siglos: su altura te hizo hallar el secreto de reparar el daño sobrevenido en la ciudad santa; y su profundidad llevó la luz á los que estaban sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Acérquese pues nuestra alma sedienta á esta fuente: recurra nuestra miseria á ese abismo de bondad y clemencia: un abismo llame á otro abismo: dirijase el abismo de la miseria y las tinieblas al abismo de la luz y la misericordia: la bondad del uno excede con mucho á la iniquidad del otro; y donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.»

ninguno corresponde tomar las medidas sino á aquel que hizo incomprensible la virgen Maria á todos los demas no solo con respecto á la gracia y la gloria que le comunicó, mas tambien á la misericordia de que le llenó el corazon. Asi no es mi ánimo reducir á los limites de un breve discurso esa bondad inmensa que llena el cielo y la tierra: basta á mi intento decir que sobrepaja nuestras miserias y necesidades. Su anchura abarca todos nuestros propósitos interiores y exteriores, asi del alma como del cuerpo. Su longitud llega hasta la hora de nuestra muerte y aun va mas allá, pues sus frutos igualan á la eternidad. Su profundidad penetra los abismos del pecado, de donde saca á los que estan sumergidos en él, y el centro del infierno, de donde libra á los suyos. Su altura es la misma que la del empíreo, á donde van á parar todos los rasgos de sus misericordias. Ve ahí en términos generales lo que pienso deducir mas en particular en el resto de este tratado, que está destinado á mostrar las grandezas de la misericordia de la Virgen sobre sus amados hijos. Para lograrlo imploro el favor y la misericordia de la misma señora, que me ha servido hasta aqui de guia y amparo. Empezaré por sus misericordias exteriores y luego me encaminaré paso á paso á las interiores y á las que mas nos importan.

OCTAVA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

CAPITULO IX.

QUE LA VIRGEN MARIA ES LA DEFENSA DE LOS SUYOS.

Aunque el amor maternal tiene mas ternura que fortaleza, es maravilloso cómo asi que cualquiera toca á los hijos, el temor se trueca en valentía, la debilidad en arrojo, el cariño hace tomar las armas, y no hay un animal tan medroso que no se ponga á la defensiva. Es verdad que la gracia causa muy diferentes efectos y arma mas poderosamente sin comparacion que la naturaleza para defender á sus hijos. Vamos á verlo en la madre de Dios, quien por los buenos oficios que hace á los suyos, les mostrará mas y mas la dicha de estar bajo de su proteccion.

§. I.—Que la Virgen Santísima es verdaderamente la defensa de los suyos.

I. ¿Habrà una alma tan dura que no se conmueva con los cuidados que Dios se toma, y con las invenciones que discurre para poseer nuestros corazones y desprenderlos absolutamente de todo otro afecto? ¿Cuánto nos dicen sobre esto las santas escrituras! El toma el cariño de la osa (1),

(1) Osee, XIII.